

Tintero

La casa por la ventana

Álvaro Matute

El secretario de Relaciones de Álvaro Obregón, Alberto J. Pani, tuvo la iniciativa de celebrar el centenario de la consumación de la Independencia. La idea era mostrar al mundo lo bien que se encontraba el país con el fin de obtener el reconocimiento diplomático de Estados Unidos. Entre un centenario y el otro transcurrieron los once años que separan la insurgencia de Hidalgo de la proclamación del Plan de Iguala, un siglo después. Porfirio Díaz celebró a Hidalgo, mientras que Obregón a Iturbide. Hay más: dentro del marco del primer centenario fue inaugurada la Universidad Nacional; en el del segundo, comenzó a funcionar la Secretaría de Educación Pública. Un puente entre Justo Sierra y José Vasconcelos.

Los festejos centenarios tuvieron en la Ciudad de México el mejor de sus escenarios. Desfiles, tablas gimnásticas masivas (50 mil niños), carros alegóricos, comba-

tes de flores, funciones de ópera, incluyendo una en El Toreo (*Aída*) con Claudia Muzio y un reparto que al mes siguiente cantó —con refuerzos— en el Met y en Chicago; toros, en los que Rodolfo Gaona dictó cátedra y alternó con Juan Belmonte e Ignacio Sánchez Mejía; teatro y grandes bailes, uno de los cuales, en el Casino Español, recibió a cinco mil participantes, los cuales prácticamente no se podían mover y mucho menos bailar.

Tras bambalinas, la sección de Protocolo de la Secretaría de Relaciones tuvo más trabajo en dos meses que en todo un decenio. Así lo atestigua Francisco Borja Bolado en extensa carta a Enrique González Martínez, embajador de México en Chile, a quien envió en noviembre de 1921, más que una reseña, una crónica de los festejos y las incidencias. Para empezar, fue contratado más personal, porque había que recibir y atender a más de cuarenta delegaciones y a personalidades (como Ramón del Valle-Inclán). Ahí comenzaron los problemas, ya que, por ejemplo, Mario Bulnes tardó más en ser contratado que despedido, ya que su padre, el siempre ácido don Francisco, publicó un artículo contra el gobierno, lo cual no alcanzó la benevolencia de *la superioridad*. Borja califica a los visitantes. Cuenta el penoso incidente de un representante oficial, quien en el viaje a México conoció en Cuba a una señora a la que invitó, lo cual provocó muchas incomodidades, hasta que le fue puesto un alto. No podía presentarse con la dama a actos oficiales, so pena de ofender a las parejas de diplomáticos. A partir de ahí, el representante alegó sentirse indispuerto, pero se le veía en cines y teatros con la compañía agenciada en Cuba, la cual no pudo regresar con la comitiva oficial.

Otra cuestión que le costó el cargo a otro miembro de Protocolo fue provocada por su celo de aplicar de manera ortodoxa los reglamentos. Doña María Tapia de Obregón, primera dama, se encontraba en estado de gravidez y esperaba al heredero casi al tiempo de las fiestas, por lo cual no tuvo mayor participación en las actividades oficiales. No obstante, decidió ofrecer un té a las esposas de los delegados, en el Castillo de Chapultepec. Llegaron sólo al convite cinco señoras, las de la más alta jerarquía, cuando eran esperadas cuarenta. Al advertir el desastre y comunicarlo al presidente, este llamó de inmediato a Pani al Castillo, de lo que resultó el cese fulminante del responsable del desaire. Este alcanzó a alegar que sólo podían asistir las que tuvieran jerarquía de embajadoras. El entuerto fue deshecho, ya que en el archivo Casasola hay una fotografía de la reunión con buena asistencia.

Los festejos no se limitaron a septiembre, sino que se prolongaron al mes siguiente y, con respecto a los toros, se tendería un puente entre la corrida del centenario y la temporada decembrina, en la que alternarían los mismos espadas con otros más. La capital se olvidó en esos meses de los años anteriores en los que había sufrido desde un terremoto de proporciones mayores, entradas triunfales de ejércitos, muerte y destrucción en la Decena Trágica, hambre y epidemias y muchas calamidades más. Un espíritu de relajamiento colectivo le dio un giro a los padecimientos de la década precedente. Y al menos la economía de la capital tuvo una reactivación insólita. El documento referido muestra que las invectivas de Vasconcelos contra Pani no fueron en realidad como las cuenta en *El desastre*. **U**



Alberto J. Pani